

Stoa

Vol. 5, no. 10, 2014, pp. 49-71

ISSN 2007-1868

**SOBRE DECADENCIA, FINALES DEL MUNDO, FINALES DE LA
HISTORIA A PROPÓSITO DE LA IDEA DE NUEVA EDAD MEDIA
DE UMBERTO ECO**

JÉSÚS TURISO SEBASTIÁN
Instituto de Filosofía
Universidad Veracruzana
jturiso@uv.mx

RESUMEN: Este artículo tiene como objetivo hacer una crítica desde la filosofía de la historia de la falsa historia comparativa partiendo del estudio de la historia de las ideas y desde la mentalidad. En la elaboración de artículo se ha recurrido a tomar en cuenta las diferentes reflexiones que se han hecho acerca de la decadencia o la llegada de una nueva Edad Media en nuestro presente. Para ello, tomaremos como punto de partida la reflexión de Umberto Eco acerca de la Edad Media y sus paralelismos con nuestro presente. Finalmente, si queremos ser rigurosos, veremos que no es posible considerar la existencia de un eterno retorno dentro de la historia.

PALABRAS CLAVE: Decadencia · historia de las ideas · mentalidad · Edad Media

ABSTRACT: This paper aims to make a review on the philosophy of history of false comparative history from the study of the history of ideas and from the mentality. In developing this article, it has resorted to taking into account the different ideas that have been made about the decline or the arrival of a new middle age in our present. To do this, we take as a starting point for reflection Umberto Eco about the Middle Ages and its parallels to our present age. Finally, if we want to be rigorous, we will see that it is not possible to consider the existence of an eternal return in history.

KEYWORDS: Decay · Story Ideas · Mentality · Middle Ages

La Edad Media ha sido uno de los momentos históricos más polémicos en la discusión de historiadores, filósofos, investigadores de la cultura, el arte o de la literatura. La tradicional disputa se ha centrado históricamente en la manera en cómo se ha presentado este período: una época *oscura*, tétrica, de involución y atraso. Hoy sabemos, sin embargo, que fue un tiempo más rico y creativo, sobre todo culturalmente, de lo que se pregonó. Esta leyenda negra, resultado de una sociedad industrializada que consideraba épocas oscuras de nuestra civilización a aquellas donde el progreso se estancó, ha sido cuestionada en los postreros tiempos. Sin embargo, también desde las últimas décadas del siglo anterior, coincidiendo con la crisis de la idea ilustrada de progreso azuzada por el pensamiento posmoderno, han surgido pensadores, filósofos, historiadores y agoreros, en general, que han vuelto a recuperar esta leyenda, adaptándola a nuestro tiempo para describir nuestra época moderna. Coincidiendo con el último siglo del milenio, metáforas de la guisa de *decadencia*, *fin del mundo*, *fin de la historia* o, como en el caso que nos ocupa, *Nueva Edad Media* se han convertido en familiares en el discurso y debate de la intelectualidad contemporánea. No hace muchos años, intelectuales orgánicos como Fukuyama, prendían un provocadora y propagandista mecha con el anuncio del *fin de la Historia* una vez desaparecido el comunismo, finiquitado por completo el proyecto de la modernidad y el triunfo del liberalismo, única ideología universal posible para el desarrollo del mundo presente y futuro (Fukuyama, 1989). Pues bien, este estado de cosas se ha dado —se da— en muchas más ocasiones de lo que sería deseable, sin provisión de suficientes elementos reflexivos ni sentido, jugando y recreándose con nombres y definiciones biensonantes y publicitarias, para caer finalmente en la retorización de estas metáforas, bien sea a consecuencia de nuestra pereza mental, bien sea por la caída en la espiral del posmodernismo, cuyo carácter está demostrando ser más destructivo que constructivo.

1. Sobre decadencias

La idea de decadencia del mundo ha sido una constante a lo largo de la historia y expresada por la mayoría de las culturas. La conciencia de finitud de las cosas, de que ya no son de la misma manera que eran, de que el sistema de ideas y creencias que otrora constituían el sólido ba-

samiento de una civilización o de una cultura se encuentran a punto de desaparecer ha estado presente en momentos de crisis a lo largo de la historia. La conciencia de fin de una época, de crisis de la conciencia, la sensación de crisis generalizada, de que el mundo se estaba hundiendo a nuestro alrededor, no siempre ha sido inmediata pero sí dolorosa. El ser humano, acostumbrado a asistir a la decadencia biológica que finaliza con la muerte del cuerpo, ha elaborado siempre estrategias para superar el dolor que supone la conclusión de un ciclo. Estas actitudes iban orientadas a la superación de la crisis provocado, seguramente, por la incompatibilidad entre lo vivido y lo anhelado. En la Edad Media la noción *decadentia*, ofrece sin duda una carga semántica religiosa importante: crisis moral y social. La estrategia de superación vendrá de la mano del concepto de *reformateo*, enfocado sobre todo a la corrección de los abusos. Por ejemplo, la Ciudad terrena agustiniana, personificada por Agar e Ismael, es el mundo en decadencia frente a la Ciudad de Dios que representa la regeneración del mundo y encarna el dogma fundamental de los cristianos: Cristo ha muerto, ha resucitado de entre los muertos y su reino no tendrá fin. En esta misma línea y desde una óptica mística y profética Joaquín de Fiore justificará la edad de perfección en la terrible decadencia que imperará con el primer Anticristo. Fiore asociaba las tres personas de la Santísima Trinidad a tres periodos históricos: *la edad del Padre* etapa que discurriría desde la Creación hasta el nacimiento de Cristo; *la edad del Hijo*, tiempo de los clérigos y la fe, y, por último, la edad del *Espíritu Santo*, en la que quedaría establecido el reino de los santos (Borghessi, 1997, p. 197).

Más cercanas a nosotros, las diversas civilizaciones mesoamericanas tuvieron una concepción cíclica de la existencia. El tiempo estaba constituido por ciclos sin principio ni fin, interrumpidos por cataclismos o catástrofes que significaban el retorno al caos primordial. Pero nunca se acabaría el mundo porque creían en la *palingenesia*, es decir, la regeneración cíclica del universo. El tiempo se explica a través de la idea de los “soles”. A lo largo de la existencia del mundo se han sucedido cinco soles, el quinto es el nuestro, el del movimiento. El *Tonalámatl* describe como a cada período de predominio de un sol o edad, viene seguido de la destrucción y la aparición de un nuevo mundo. Con cada “renacimiento” los hombres evolucionan hacia formas mejores y más perfectas. También señalan que el destino final de nuestra edad será también

un cataclismo: la ruptura de la armonía lograda. “Habrá movimientos de tierra, habrá hambre y con esto pereceremos”.

Los aztecas, como los mayas-quichés, creían que antes de existir el mundo actual había habido cuatro mundos. Esos mundos o “soles”, habían sido destruidos por catástrofes. La humanidad había sido completamente exterminada al acabar cada uno de los “soles”. El mundo actual corresponde al “Quinto sol”, llamado *nau-i-ollin* “4-Temblo de Tierra”, y está condenado a desaparecer en un inmenso terremoto. Los monstruos occidentales parecidos a esqueletos, los *Tzitzimime*, aparecerán entonces y matarán a todos los hombres. Cuando Moctezuma tuvo noticias de la llegada de los españoles consultó sus antiguos códices, se preguntó si por fin Quetzalcoatl y los dioses había regresado. Otro tipo de incertidumbres iba a afligir poco después a Moctezuma. Fueron una serie de portentos o presagios que afirmó haber contemplado, algunos de ellos también fueron vistos por el pueblo (León Portilla, 1992, pp. 106-07). Seguramente por esos caprichos de la historia la caída de México-tenochtitlan tuvo lugar en un día considerado favorable, *I-coatl*, sin embargo, el año, *calli*, simboliza la declinación, el ocaso, la decadencia, la noche. Sosustelle sostiene que la idea de decadencia fue una de las causas que minimizaron la resistencia de los aztecas ante la caída de su imperio ante los nuevos “dioses” llegados desde oriente.

Tal vez uno de los ejemplos más significativos de abandono y decaimiento que podamos encontrar sea el del caso español en el siglo XVII. En este siglo, España cerró un curso histórico de esplendor en el que en su imperio no se ponía nunca el sol y abrió otro de descomposición global, dramática zozobra, agonía y paradójicos empeños de asilo y, a la vez, evasión del mundo. La época del Barroco quizá sea un de los períodos donde esté más presente la sensación de decadencia. Maravall sostiene que el Barroco es una respuesta de los grupos más dinámicos de la sociedad a una profunda crisis de casi cien años que está relacionada con las fluctuaciones críticas de la economía durante ese tiempo de crisis, que va unida a otra no menos profunda de carácter social (Maravall, 1975, p. 55). No por nada, Américo Castro, para el ámbito hispánico, la denominó *la edad conflictiva*. Las causas de esta decadencia son de sobra conocidas: la contrarreforma de la iglesia que reforzó la autoridad del papado, la guerra de los treinta

años, desarrollo del absolutismo, epidemias y pérdida de población en Europa, etc. La derrota de la Armada Invencible, que resultó no serlo tanto, sumió en un estado de desasosiego, atonía y desesperanza a un país que, tras ser uno de los mayores imperios, se había convertido en un potencia decrepita de segunda fila en el concierto europeo. En este contexto, las únicas reacciones posibles van a ser, por un lado, la constatación del fracaso y la decadencia mediante pasquines aparecidos en Madrid donde se representa a España como “una figura enferma y un médico tomándole el pulsó y recitando: *no hay otro remedio que tomar el acero*”¹ y, por otro, el refugio en la nostalgia de los “paraísos perdidos” de una época de grandeza ya perdida. Bartolomé de Góngora en *El corregimiento sagaz* (1656) lo expresa meridianamente: “Dejando yo ahora los varones heroicos en todo género de aquel siglo del prudente Rey don Phelipe, baste decir que en él floreció el mismo Rey en quien hago epílogo del talento más escogido (en su modo) de aquella edad a mi parecer Siglo de Oro”. Existe, pues, una conciencia generalizada en la mentalidad del siglo XVII de irremediable ocaso. España es en estos momentos el resultado de una decadencia no planeada. Es como si desde la derrota de la Armada Invencible en Lepanto hubiera eclipsado el sol y detenido el mundo para España. Es como si en el mortecino coso español se empezara a lidiar entre la disyuntiva de atrincherarse en una religiosidad contrarreformista cerrada y cerril, reclusa en su propio senequismo estoico, y la de bajarse del mundo, un mundo de ensoñaciones, esclerótico y atribulado por el agotamiento histórico. Pero junto a esta inercia decadente se va a dar una fuerza opuesta, un movimiento de regeneración manifestado en la desbordante y genial creatividad del pensamiento, la cultura y el arte. La decadencia, en sí, no es mala ni buena, sino todo lo contrario: aparejadas vienen con ella sus regeneraciones. La regeneración en España trajo, tal vez, el período histórico más esplendoroso de la cultura y el arte español, un *Siglo de Oro* glorificado, y en cierta manera, envidiado y referenciado en la Europa del barroco. Se puede observar, en fin, que en el movimiento de la historia, en ese devenir de continuidades y disconti-

¹ “Cartas de algunos PP. De la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la monarquía entre 1634 y 1648”. Cfr. Julio Caro Baroja, *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*, Editorial Sarape, Madrid, 1985, p. 338.

nidades, cómo tras la decadencia y el fin de ciclo acostumbra a llegar un nuevo comienzo y una regeneración.

Ahora bien, no quisiera pasar por alto en este apartado mencionando aquellos argumentos que se han empleado para explicar la idea de decadencia. Sin duda, considero muy oportunos varios criterios que Peter Burke establece para ello (1976, pp. 115-19),² los cuales me parecen válidos para establecer la decadencia aplicable a una civilización o una cultura. El primer criterio para Burke es de origen cósmico y es personificada por la imagen del universo como un viejo; esta concepción representa la idea de proceso que se dirige inevitablemente hacia el fin de los tiempos. El segundo es de carácter moral y se refiere al declinar de las *costumbres*, el cual es gradual y está caracterizado por la riqueza y el lujo. El tercero criterio es religioso y tiene que ver con la decadencia de la Iglesia, quien se ha alejado del modelo originario de Iglesia para entrar en un proceso de avaricia y orgullo en el que se sustituyó la piedad por hipocresía, la caridad y humanidad por intolerancia y tiranía del papado. El cuarto hace referencia al declinar político que conduce a la desaparición de los Estados y de los imperios; este criterio se manifiesta a través de dos formas: la corrupción interna de las formas de gobierno y el envejecimiento inevitable de los imperios que conduce a consiguientes dominaciones. El quinto es de carácter cultural, por el cual se considera que el deterioro de la lengua, las artes, la literatura y las ciencias se podría considerar como un indicio de decadencia; aquí Burke pone el ejemplo de Antonio de Nebrija, quien escribía en la *Gramática sobre la lengua castellana* en 1492 que “la lengua siempre ha sido compañera del Imperio y que están unidos en la caída: así, por ejemplo, el hebreo ha prosperado con el reinado de Salomón, el griego con el reinado de Alejandro, el latín ha progresado y ha caído con el Imperio romano y es ahora turno para el español de desarrollarse junto con el reino de España”. Finalmente, el sexto es el criterio económico: los españoles del siglo xvii explicaban el fin del dominio español como potencia de primera fila por la disminución de la población, el alza de los precios, el empobrecimiento del Estado y la naturaleza, el hundimiento de la agricultura y de las manufacturas.³

² Cfr. Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Paidós, Barcelona, pp. 115-119.

³ *Ibidem*.

En los siglos XIX y XX, algunos pensadores también dedicaron algunas de sus reflexiones al fenómeno de la decadencia. Es muy común observar, por ejemplo, a lo largo de la obra de Nietzsche su recurrencia a la idea de decadencia la cual va a ser presentada desde varias vertientes. La primera de ellas sería la decadencia biológica del hombre. Para Nietzsche las vicisitudes vitales, desde la alimentación hasta el trabajo diario, han contribuido al agotamiento y desvirtuación progresiva del organismo del hombre civilizado. La segunda está definida como decadencia de la civilización desde su máxima expresión civilizadora que fue la civilización griega. En tercer lugar, nos encontramos con la decadencia del mundo moderno. La cuarta hay que buscarla en la decadencia de la burguesía, quien suplantó el papel equilibrante de la aristocracia medieval, y cuya cultura “lleva la marca de un filisteísmo invasor” (Lefebvre, 1987, p. 149). Y, por último, podríamos añadir una quinta, la decadencia religiosa: *muerte de Dios*. Su concepción de la historia, sin embargo, la plantea como un *eterno retorno*, y este carácter circular hace que la historia gire de forma permanente y sus hechos se repitan perpetuamente. La “muerte de Dios” nos revela un mundo polifónico y abierto sin verdades absolutas, mundo que también simboliza la muerte de la modernidad, la decadencia de la cultura occidental. Para Nietzsche, la causa originaria de la decadencia es la escisión que se produce entre el pensamiento y la vida. Este declinar se acentúa en la vitalidad humana durante nuestra civilización. Los *instrumentos de la cultura* que le llevan a esta desvalorización de la cultura occidental son el resentimiento, la humillación y el dominio de las razas nobles: “¡Estos ‘instrumentos de la cultura’ son una vergüenza del hombre y representan más bien una sospecha, un contrargumento contra la ‘cultura’ en cuanto tal!” (Nietzsche, 1989, p. 49). El paradigma de esta decadencia cultural occidental es para Nietzsche, sin lugar a dudas la *enfermiza* Europa:

Quien para husmear tiene no sólo nariz, sino también sus ojos y sus oídos, ventea en casi todos los lugares a que hoy se acerca algo como un aire de manicomio, como un aire de hospital, —hablo, como es obvio, de las áreas de cultura del hombre, de toda especie de “Europa” que poco a poco se extiende por la tierra (p. 142).

Ahora bien, debemos ver también en este panorama “catastrófico” el primer paso hacia la *res gestae*, es decir, la regeneración. Así, lo negativo puede transformarse en positivo. Sólo la renovación, que vendrá de la mano de los seres desposeídos, podría traer la reaparición del esplendor que tuvieron las civilizaciones pasadas. A la idea de la decadencia de Nietzsche se engancha, pues, la idea de eterno retorno en un ciclo continuo de creación-destrucción. Ahora bien, no sería un mero retorno de lo idéntico, lo cual amenazaría la voluntad creadora, sino una repetición del propio tiempo.

Es curioso observar cómo en el último cuarto del siglo XIX el tema de la decadencia estaba de moda en París. Los propios simbolistas franceses llevan a gala este título. Es muy posible que, como señala Lefebvre, un tema eminentemente parisino, Nietzsche lo convierta en europeo (p. 150). Ahora bien, Nietzsche concibe la decadencia como un primer paso hacia la regeneración, de tal manera que lo negativo puede transformarse en positivo. Sólo la renovación podría traer la reaparición de todas las cosas grandes que hubo en civilizaciones pasadas. Esta renovación vendrá de la mano de los seres desposeídos, aquellos a los que les queda todo por conquistar, todo por crear.

Estas teorías finiseculares decimonónicas hicieron mella en algunos filósofos e historiadores posteriores. Heredero de esta idea de decadencia de la cultura europea será el filósofo, también alemán, Oswald Spengler, quien situó a la cultura occidental en el siglo XX en la última etapa de su evolución: la cultura occidental había ya degenerado en civilización. Las ideas de Nietzsche, sin duda, van a calar hondo en el autor de *La decadencia de Occidente* (1920), Oswald Spengler, quien será una de las figuras más destacadas de las teorías modernas acerca del tema. Concibe a las culturas son seres, ya que “toda cultura pasa por los mismos estadios que el individuo. Tiene su niñez, su juventud, su virilidad y su vejez” (1949, p. 170). No son más que cuerpos sin vida si un alma no les alienta. En la introducción se interroga:

¿Existe una lógica de la historia? [...] ¿Es posible descubrir en vida misma —porque la historia humana es el conjunto de grandes corrientes vitales, en el que “yo” o su “persona” y en el uso corriente, práctico por teórico del lenguaje, asume involuntariamente la figura de individualidad de orden superior cuando se habla de la “antigüedad clásica”, y en la “civilización china” o de la “civilización moderna”— en la vida, digamos?, ¿es posible

individualizar los Estados que deben ser atravesados y, en verdad, según un orden que no admite excepciones? Conceptos que, como el nacimiento, la muerte, juventud, vejez, duración de la vida son fundamentales para todo cuanto es orgánico, ¿Tendría él quizá en este ámbito un sentido todavía más riguroso, aun no percibido por nadie? (pp. 9-10).

Spengler reviste a la categoría de cultura de un carácter místico. Para Spengler los grandes protagonistas de la historia son las civilizaciones, en concreto las ocho que contempla. Entre estas civilizaciones no existe continuidad. La vejez de una cultura es el momento en el que se transforma en civilización.

Quando el término ha sido alcanzado, cuando la idea, la muchedumbre, de las posibilidades interiores se ha cumplido y realizado exteriormente, entonces, de pronto, y la cultura se anquilosa y muere; su sangre se cuaja, sus fuerzas se agotan; se transforma en civilización (pp. 169-70).

Posteriormente, Jacob Burckhart retomará el tono apocalíptico de Spengler y las ideas de fin del mundo o muerte de la civilización y la cultura. Su obra *Reflexiones sobre la historia universal* la escribe desde la necesidad de evasión a tierras alejadas del presente aterrador que se vivía, presente que le inspiró a decir que “Sólo en el pasado radica lo bello, sólo en la muerte está lo verdadero” (Cantimori, 1985, p. 95).

Toynbee años después —*A study of History*, 1934— considerará, sin abandonar la idea de decadencia pero en tono opuesto a Spengler, que la historia refleja el progreso de las civilizaciones o sociedades más que de las naciones, entendidas como entidades políticas. Así, va a pretender fijar las leyes generales del desarrollo de las civilizaciones y de su decadencia. Para Toynbee, las unidades históricas son las civilizaciones. A diferencia de Spengler concibe las civilizaciones de manera más positiva y sin oponer civilidad a civilización. Para Toynbee civilización es “un movimiento, no una condición; es un viaje, no un puerto [...] no se puede escribir su objetivo porque nunca ha sido alcanzado” (Braudel, 1999, pp. 152-53). Y continúa diciendo que “cada cultura constituye un todo cuyas partes son sutilmente interdependientes” (p. 152). Sugiere que las civilizaciones son comprendidas por sus obras, entiende “por civilización la más pequeña unidad de estudio histórico a la que se llega cuando se trata de *comprender* la historia del propio

país” (p. 153). Toynbee establece el pasado de la humanidad a finales del siglo VIII, coincidiendo con el nacimiento de nuestra civilización occidental. Afirma que el paso de las culturas a la civilización se hace a través de una *mutación*. La uniformidad para Toynbee sería en último grado de decadencia. Considera, asimismo, errónea la tesis de la unidad de civilización, resultado del egocentrismo occidental gracias al éxito de su civilización en la esfera material.⁴ Ahora bien, las civilizaciones, de la misma manera que los humanos, no tienen más que un solo destino: nacen, se desarrollan y mueren, y en estos tres modelos engloba veintiséis civilizaciones, de las cuales, dieciséis ya han desaparecido; de las diez restantes tres son civilizaciones inmóviles: la polinésica, la nómada y la esquimal, y las otras seis restantes: cristiano-ortodoxa, rusa, islámica, hindú, china y su prolongación japonesa están en proceso de aniquilación por asimilación por parte de la séptima, la occidental, la cual está en plena expansión (p. 52).⁵ En el gran teatro del mundo, Toynbee considera que el fin de una civilización se desarrolla en cuatro actos: conmoción general, Estado universal, invasión de bárbaros e Iglesia universal. Una civilización muere o, mejor dicho, se suicida después de una larga existencia que puede durar varios siglos. Ahora bien, el fin no sobreviene de la noche a la mañana, sino que es anunciado desde tiempo atrás por conmociones internas y externas, es en este momento cuando ocurre una pérdida de la autodeterminación caracterizada por el rechazo de lo nuevo, la idolización de lo efímero, la tendencia suicida o de autodestrucción del militarismo y la intoxicación de la victoria (Toynbee, 1965, pp. 286-02). En un principio, estas conmociones se apaciguan con el advenimiento de un gran Imperio. Este Imperio “Universal” está destinado a durar unas cuantas generaciones para terminar sucumbiendo asolado por catástrofes e invasiones de bárbaros, en palabras de Toynbee “proletariado exterior” (Braudel, 1989, pp. 161-62). Esto último, sin duda enlaza con el idea que, de un tiempo a esta parte, algunos pensadores han propuesto acerca de que nos encontramos en nuestra época ante el surgimiento de una *nueva Edad Media*.

⁴ Vid. Arnold Toynbee, *A Study of History*, Laurel Ed., Nueva York, 1965, pp. 54-60.

⁵ Vid. Jacques Le Goff, 1991, p. 111.

2. Proyecto apocalíptico de Roberto Vacca

Roberto Vacca, analizando los signos que nos envía nuestro presente, va mostrarnos un escenario futurible, relativamente cercado, que describe el colapso casi total de la civilización moderna. Eco relee el proyecto de Vacca y lo relata de la siguiente manera:

Un día, en Estados Unidos, la conciencia de un atasco en la carretera y una parálisis del tráfico ferroviario impedirá que el personal de relevo llegue a un gran aeropuerto. Los interventores, y sin relevar, vencidos por la tensión mental provocado la colisión entre dos aviones a reacción, que se precipitan sobre una línea eléctrica de alta tensión, y cuya carga, repartida por otras líneas ya sobrecargadas, provoca un apagón como el que ya conoció Nueva York hace unos años. Sólo que esta vez es más grave y dura varios días. Como nieva y las calles permanecen bloqueadas, los automóviles crean desórdenes monstruosos; los empleados de oficinas encienden fuegos para calentarse y se declararan en incendios que los bomberos no pueden sofocar por no poder llegar hasta ellos. La red telefónica queda bloqueada consecuencia del impacto de 50 millones de aislados que intentan comunicarse telefónicamente unos con otros. Inician marchas por las calles nevadas y llenas de muertos. Los viandantes, privados de toda clase de suministros, intentan apoderarse de refugios y artículos, entran en acción las decenas de millones de armas de fuego vendidas en América, las fuerzas armadas se hacen cargo de todos los poderes, pero también son víctimas de lea parálisis general. Se produce saqueos de supermercados, en las casas se acaban las reservas de velas, aumenta el número de muertos de frío, de hambre y de inanición en los hospitales. Cuando se restablezca la normalidad trabajosamente algunas semanas después, millones de cadáveres dispersos por la ciudad y el campo comenzará a difundir epidemias y producir nuevos azotes de proporciones semejantes a las de la peste negra que en el siglo xiv acabó con las dos terceras partes de la población europea. Surgirán psicosis parecidas a las que se habían producido en el pasado con respecto a los “untadores” (nombre que recibieron, durante la peste que hizo estragos en Milán en el siglo xvii, las personas que, según se creía, la difundían untando muros y puertas con unguentos y sustancias infectas) y se consolidará un nuevo *maccartismo* mucho más cruento que el primero. La vida política, presa de una crisis total, se subdividida en una especie de subsistemas autónomos o independientes del poder central, con milicias mercenarias y administración autónoma de la justicia. Mientras dure la crisis, los 12 habitantes de las zonas subdesarrolladas, preparados ya para subsistir en condiciones de vida y de competencia elementales, serán quienes consigan superarla con mayor facilidad, y se producirán amplias migraciones con fusiones de amalgama es raciales, importaciones y fusio-

nes de ideologías. Al declinar la fuerza de las leyes y haber quedado destruidos los catastros, la propiedad se apoyará exclusivamente en el derecho de usurpación; por otra parte, la rápida decadencia habrá reducido las ciudades a una serie de ruinas alternadas con casas habitables, y habitadas por quien se las adueñe, mientras que pequeñas autoridades locales podrán conservar cierto poder constituyendo recintos y pequeñas fortificaciones. En ese momento, la estructura se halla totalmente feudal, las alianzas entre los poderes locales se apoyarán en el compromiso y no en la ley, las relaciones individuales se basarán en la agresión, en la alianza por amistad o comunidad de intereses, renacen esas costumbres elementales de hospitalidad para el viandante. Frente a esta perspectiva no queda más remedio que empezar a pensar en planificar instituciones equivalentes a las comunidades monásticas que, en medio de una decadencia tan grande, se ejerciten para mantener con vida y transmitir los conocimientos técnicos y científicos útiles para el advenimiento de un nuevo renacimiento (1974, pp. 10-11).

Hasta aquí el relato de un mundo que se antoja definirlo como posapocalíptico y que, ni mucho menos, parece ajustarse a las circunstancias reales de nuestro presente. A partir de aquí, Umberto Eco nos ofrece su propia reflexión desde una propuesta de proyecto de Edad Media alternativa.

3. La Nueva Edad Media de Eco

No cabe duda que situaciones mucho más graves acaecidas recientemente que han sido superadas ponen en solfa, cuando no descartan o desmienten estas especulativas a la par que apocalípticas visiones del futuro. Más allá del carácter fantasioso de este relato, subyace esa visión peyorativa, a la que anteriormente nos referíamos del Medioevo. Ahora bien, conviene preguntarse de qué Edad Media estamos hablando: ¿del período inmediatamente posterior a la caída del imperio romano de occidente y que llega hasta el año 1000, conocido como Alta Edad Media, época de crisis caracterizada por el asentamiento violento de pueblos y el choque de culturas?, o ¿del tiempo que transcurre desde el año 1000 hasta el surgimiento del Humanismo, también llamado Baja Edad Media o Última Edad Media? ¿Con cuál de los dos momentos se hará corresponder nuestra época? Creemos, y en ello coincidimos con Eco, en que cualquier intento de correspondencia sería ingenuo. Primero, porque la época actual se caracteriza por

la sucesión de procesos tan acelerados que, lo que en la Edad Media, se daba en cinco siglos, hoy en día se da en cinco años. Segundo, porque, aunque parece lugar común que vivimos en un mundo global, nos podemos encontrar culturas cuyo estadio de evolución y desarrollo es muy distante entre unas y otras. Umberto Eco, recurre como modelo para comparar la situación que se desarrollaba a principios de los años 70 la primera etapa de la Alta Edad Media (p. 12). Si bien, difiere sustancialmente con algunos de los procesos que se están dando en la actualidad, primero, hagamos un intento teórico de correspondencia y admitamos, como también lo presentan otros autores, que son válidas sus reflexiones para este nuevo siglo. Y, segundo, aunque Eco no maneja explícitamente el término *decadencia*, sí se puede deducir de su planteamiento este concepto.

La *Nueva Edad Media* representaría el período de decadencia de nuestra civilización. En este sentido, el trazado de Eco que sintetiza nuestra época en un modelo abstracto comparándolo e, incluso, asimilándolo con la Edad Media no es novedoso. La utilización de *Nueva Edad Media* como metáfora la han llevado a cabo otros autores, los cuales, con menor o mayor éxito, la han propuesto y han teorizado sobre ella.⁶ Ello dado siempre dentro de un marco de desconcierto por los diferentes acontecimientos catastróficos que están pasando y por el momento de incertidumbre por lo que va a pasar, propio de épocas de transición. A nuestro modo de ver, existe una continuidad, una de la imagen desdeñosa que se tuvo de la Edad Media primero, durante el Renacimiento los humanistas y después en la época de las Luces los ilustrados, es decir, que después de tanto andar, seguimos con permanencias mentales heredadas de la modernidad.

El momento en que desarrolló su escrito Umberto Eco, a principios de los años 70, es un momento particularmente complejo de nuestro presente: crisis del petróleo, fracaso total de los Estados Unidos en Vietnam, intensificación de las tensiones con la Unión Soviética de Breznev, crisis económica generalizada en el mundo Occidental, etc.; en las décadas posteriores sucesos como la caída del muro de Berlín, la ruptura de la política de bloques, la Guerra del Golfo Pérsico, o las

⁶ Vid. por ejemplo, Nicolai Berdiáiev, quien ya en 1924 publicó *Una Nueva Edad Media*. O también Alain Minc, *La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico*, Temas de hoy, Madrid, 1994.

guerras étnicas en la antigua Yugoslavia, Chechenia y Ruanda; y, más reciente, el recrudecimiento del terrorismo fundamentalista islámico con los acontecimientos del 11 de Septiembre de 2001, los atentados de Madrid de marzo de 2004, los de Londres de Julio de 2005 y el recrudecimiento de la guerra en Palestina e Israel, la recomposición en un Nuevo Orden Mundial, lo cual pareciera darle la razón a Eco, a Minc, Fukuyama o Huntington. Sin embargo, si volvemos detenidamente los ojos a la Historia, observaremos cómo estas propuestas se contradicen con las enseñanzas que nos ofrece el conocimiento histórico acerca de la inexistencia de una meta prevista y predecible de la humanidad, y ejemplos podríamos encontrar más de uno. La realidad de la Historia no es tan evidente como los símiles históricos o los juegos metafóricos nos dan a entender. Si Huntington en el enfrentamiento entre civilizaciones, Fukuyama en *El fin de la Historia* puso su optimista acento interpretativo en la política, y Alain Minc en los fenómenos sociopolíticos, Umberto Eco llevará a cabo su interpretación desde la cultura. Es así cómo Eco establece varios parámetros comparativos de la Edad Media con aparentes similitudes actuales, basadas sobre todo en modelos estadounidenses (1974, pp. 9-34).

Para construir una buena Edad Media, dice, previamente tiene que haber una gran Paz que se derrumbe. La gran Paz de Eco es la *Pax Americana*. A esta se ha llegado gracias a que “un gran poder estatal internacional había unificado el mundo en cuanto a lengua, costumbres, ideologías, religiones, arte y tecnología”, algo que, según nuestra opinión, ni se dio en la Edad Media, ni se da actualmente en muchos aspectos a pesar de la tan sermoneada globalización o mundialización, por cierto, otras dos metáforas. Pues bien, el derrumbe de la *Pax americana* se está dando por la invasión de los “nuevos bárbaros”, pero Eco no precisa si son los Chinos, los pueblos del Tercer Mundo o la generación de la impugnación. Así, de la misma manera que los bárbaros terminaron en su día con los romanos, estos “nuevos bárbaros” hoy en día están finiquitando al “hombre liberal”. En los últimos años se ha venido dando una evolución desde la sociedad industrial a la sociedad de la información ha contribuido a la realización de importantes transformaciones en la estructura de clases. Por Ejemplo, en los países industrializados de unas décadas a esta parte ha venido emergiendo un nuevo proletariado muy heterogéneo compuesto por inmigrantes,

desempleados de larga duración, temporeros del campo, pequeños industriales y campesinos empobrecidos, que pocas similitudes tiene con el proletariado tradicional.

En segundo lugar, se produce lo que Furio Colombo llama una “vietnamización del territorio” (1974, p.39). La supremacía de intereses privados, que se encierran en fortificaciones, contratan a su propia defensa (compañías de mercenarios) y se convierte, privilegiado por el poder central, en los nuevos *missi dominici* que imponen en sus fortalezas sus propias leyes. Solamente cuando estas fortificaciones comienzan a incomodar al poder central será cuando éste intervenga para “reestablecer la autoridad de la Imagen del Estado”. En las ciudades, siguiendo el modelo de Giuseppe Sacco (1974, pp. 93-55), las minorías marginadas rechazan la integración y se convierten en clan, cada uno de los cuales domina su propio territorio. Por su parte las elites, buscando la pureza del contacto con la naturaleza, se retiran fuera de la ciudad y construyen su propio microcosmos: calles ajardinadas, supermercados, seguridad privada, incluso, etc.

El tercer elemento necesario es el del *deterioro ecológico*. Si en la época medieval la ciudad se veía invadida por hordas de bárbaros que la destruían o quedaba incinerada por las llamas de terribles fuegos, hoy son la escasez de agua, los cortes de energía eléctrica o los problemas de saturación de tráfico los que la degradan. Asimismo, establece el paralelismo entre una Alta Edad Media con ausencia de desarrollo tecnológico y empobrecimiento del campo con el proceso inverso que se da entre nuestra sociedad: gran desarrollo tecnológico provocador de infartos y alimentos cancerígenos.

En cuarto lugar habla de la existencia hoy en día de un *neonomadismo*. Compara las peregrinaciones medievales a Jerusalén o Santiago de Compostela y la abundancia de caminos con la facilidad y proliferación de los viajes en la actualidad, y la multitud de “caminos” aéreos trazados por las compañías de aviación. La inseguridad a la que se exponían la gran cantidad de viajeros del Medioevo (ciertamente cuestionable, según nosotros, que se viajara tanto) es la misma que se siente hoy día cuando subimos a un *jet*.

La *Insecuritas*, es otro de los parámetros que incluye Eco. Esta inseguridad se da en los siguientes ámbitos:

1. Temores y angustias milenarias,
2. Inseguridad psicológica. De la misma manera que en la época medieval no se aventuraban a salir por la noche a zonas deshabitadas, el hombre de Nueva York “no pone sus pies en Central Park o procura no equivocarse para no coger un metro que lo deje en Harlem” (p. 24),
3. La práctica del atraco revolucionario, como Robin Hood que capturaba a un Cardenal para intercambiarlo por compañeros encarcelados o condenados a la horca,
4. Como en la Edad Media, la guerra no se declara y nunca se sabe si se está en ella o no.

En este territorio dominado por la inseguridad, proliferan bandas de marginados, místicos o aventureros, los *Vagantes*. En este grupo destacan las bandas de *hippies*, a las que Eco las considera como “auténticas órdenes mendicantes”, ya que viven de la caridad y buscan la felicidad mística (p. 24). Eco no se ruboriza en equiparar a dos realidades tan distantes tanto en el tiempo como en su concepción vital y riza a el rizo cuando afirma que “entre las drogas y la Gracia divina hay poca diferencia”, porque al fin y al cabo producen felicidad química (p. 24).

Otro concepto que introduce en su discurso es el de la *auctoritas*. En la Edad Media los eruditos recurrían a la autoridad anterior para sustentar sus ideas: los padres de la Iglesia, San Agustín o las Sagradas Escrituras, ahora bien, con ella hacían lo que querían. Existía entre ellos la sensación de estar innovando aunque esta innovación debía apoyarse en ideas anteriores considerables incuestionables. En nuestra época las agrupaciones políticas juveniles actúan de la misma manera. Ahora sus textos sagrados son las obras de Marx, el discurso del Che Guevara o Rosa de Luxemburgo. Esta actitud para Eco “representa la reacción contra la disipación de la originalidad romántico-idealista y contra el pluralismo de las perspectivas liberales, vistas como envolturas ideológicas que, bajo la pátina de las diferencias de opiniones y de métodos, ocultan la sólida unidad del dominio económico” (p. 28).

Las formas de pensamiento le sirven también para llevar a cabo un símil entre ambas épocas. Para Eco

nada está más cerca del juego intelectual medieval que la lógica estructuralista, de igual forma que nada está más próximo a él que el formalismo, en definitiva, de la lógica y la ciencia física y matemática contemporánea[. . .] Los excesos formalistas y la tentación antihistórica del estructuralismo son los mismos que los de las discusiones escolásticas, de igual forma que la tensión pragmática y modificadora de los revolucionarios[. . .] debe (como debía entonces) apoyarse en diatribas teóricas furibundas y cada matiz teórico suponía una praxis diferente (pp. 28-29).

Considera que hacer comparaciones culturales y artísticas entre estas dos épocas es muy complicado. El arte actual se parece al medieval en el hecho de que convive una expresividad artística de carácter minoritario y refinado con “la gran empresa de divulgación popular” (p. 32). Es decir, nos encontramos ante cultura docta frente a una cultura popular, algo que se a dado siempre a lo largo de la historia. Compara relación medieval entre la miniatura y catedral con la que existe entre el Museo de Arte Moderno y Hollywood, con intercambios y préstamos recíprocos. Lo mismo podríamos decir nosotros de los intercambios que entre ambas culturas, docta y popular, habitualmente se producen. Esto no solo es propio de la Edad Media o de nuestra época, podríamos considerarlo como un universal que ha sucedido en muchas épocas y en muchas civilizaciones.

Finalmente, la última figura de comparación que impone será la de los *monasterios* medievales con los *campus* universitarios americanos, en el sentido de que ambos se encargan de registrar, conservar y transmitir el fondo de la cultura pasada. Sin embargo, no cree que esto vaya a suceder en la actualidad, como sugiere Vacca, mediante complicados aparatos electrónicos. La edad media no llevó a cabo una tarea de conservación, sino más bien una destrucción casual, por ejemplo, dejó perder manuscritos esenciales, cambió poemas maravillosos por adivinanzas y oraciones o falsificó textos sagrados.

4. La Historia no es repetitiva

La Historia comparativa es una disciplina compleja de realizar si se pretende llevarlo a cabo desde el rigor de la disciplina histórica. Es fácil caer en las falsas comparaciones, sobre todo porque en todo espacio y tiempo, los seres humanos han compartido elementos comunes

que podríamos denominar como universales —por ejemplo, determinados tabús como el incesto—, pero eso no significa que se puedan equiparar períodos distantes en el tiempo. Este tipo de comparaciones, ausentes de cualquier análisis crítico, lo que van a lograr, finalmente, es convertir al hombre en una marioneta del tiempo. Da la impresión de que no se tienen en cuenta dos características fundamentales de la historia, más allá de que existan permanencias: la movilidad y el cambio. Entonces, ¿se puede aplicar la idea de Nueva Edad Media a nuestro mundo? Ya el mismo título de este epígrafe contesta a la pregunta. En principio, casi todo es susceptible de comparación con un buen discurso, no sólo con la Edad Media, sino también con otros períodos históricos. A cada uno estos criterios que establece para equiparar nuestra contemporaneidad con el mundo medieval, no con demasiada dificultad, se les podría poner objeciones del mismo tenor, objeciones que podrían, asimismo, ser cuestionadas por caer en la misma simplificación extrapolada en la que incurre Eco.

La historia es más espinosa que los simples métodos interpretativos y mecanicistas de metáforas donde se pierde la perspectiva, como sucede con las que anteriormente señalamos. La historia se compone ciertamente de una dialéctica entre el objeto y el sujeto resultado de la propia dinámica de la historia. Pero también está inscrita dentro de la dialéctica de lo universal, común y recurrente con lo singular, único y particular. Puede resultar fácil “atar moscas por el rabo” de distintas épocas con comparaciones o sucesiones repetitivas, en algunos casos, anacrónicas y ahistóricas. François Chatélet, al explicar los rasgos de la *conciencia histórica*, lo deja claro:

Si el pasado y el presente pertenecen a las esferas de lo mismo, se sitúan en la esfera de la alteridad. Si es cierto que los episodios pasados ya se desarrollaron, y que esta dimensión los caracteriza de modo esencial, también es cierto que su “pertenencia al pasado” los diferencia de cualquier otro episodio que podría parecerseles. La idea de que en la historia haya repeticiones (*res gestae*), de que “no hay nada nuevo bajo el sol” e incluso la idea de que se pueden extraer lecciones del pasado, no tiene sentido sino para una mentalidad no histórica (1997, p. 184).

Ahora bien, más difícil es explicar rigurosamente el objeto histórico, el cual muchas veces se compone de dimensiones y variables difícil-

mente aprensibles si no es desde estudios de larga duración, desde las mentalidades y desde la continuidad en el tiempo. La familia, o las religiones, serían en este sentido ejemplos clarificador de permanencia. Ello no supone un acto de conciencia acerca de la inmovilidad histórica porque la idea de transformación es intrínseca a la propia historia. De hecho, el conocimiento histórico pone especial énfasis en las mutaciones que las diversas sociedades han experimentado a lo largo del tiempo, por lo que es absurdo separar al hombre de su contexto, es decir, de sus circunstancias. Volviendo el ejemplo de la familia, hasta no hace mucho tiempo predominaba la familia extendida, sobre todo en sociedades agrarias. Bajo un mismo techo convivían abuelos, hijos, nietos, tíos y primos, cuanto más miembros la compusieran, mejor. En un tiempo donde la técnica era deficiente y limitada la fuerza de trabajo se reducía al propio hombre. Por ello, con cuantas más manos se contara más rentabilidad podía sacársele a una hacienda. La concepción de niños era notablemente superior a la que se da en nuestra sociedad actual. Sin embargo, a partir de la revolución industrial se observan cambios en la estructura familiar, especialmente en las ciudades, donde empieza a predominar la familia nuclear. En el campo, el proceso es un poco más lento y aunque la familia nuclear convive con la extensiva, esta última sigue siendo mayoritaria todavía. En nuestros días, el concepto de familia ha experimentado una gran transformación con respecto al pasado. En la actualidad, podemos encontrar familias compuestas por padres separados, padres únicos, o padres del mismo sexo conviviendo bajo un mismo techo con sus hijos.

Los cambios, al menos hasta la Revolución Francesa, eran muy lentos, casi imperceptibles. Por ejemplo, un grupo importante de la humanidad a lo largo de la historia ha sufrido y muerto a causa del hambre, sin embargo, la sociedad se sentía relativamente segura en sus órdenes inmutables. Así, la sociedad Medieval, sostenía su carácter estamental en los pilares ideológicos de los tres órdenes, cuya inspiración era divina. A nadie se le ocurría cuestionar el orden social porque hacerlo constituía rebelarse contra Dios y, por lo tanto, exponerse a la condena eterna. Sin embargo, a partir del siglo XVIII, de la generalización de la Revolución Industrial, en buena parte del mundo occidental, esos cambios casi imperceptibles comienzan a sucederse a gran velocidad. A partir de ese momento se puede comenzar a hablar de

la entrada en el tiempo presente. Pero en nuestra época esos cambios son aún más vertiginosos. Cualquier transformación, cualquier conflicto tiene escala planetaria, puede afectar a toda la humanidad. Los problemas esenciales, como ya señaló Jasper en 1949, “son problemas mundiales, y la situación, una situación, una situación de la humanidad entera (1985, p. 169)”. Está más a nuestro alcance, sin embargo, recurrir a la metáfora simplificadora de fin de la Historia, fin del mundo o Nueva Edad Media para describir la situación actual que analizar el proceso global y sus pormenores. Hoy como en el 1949 de Jasper “nuestra época es la época de las simplificaciones. Las consignas, las teorías universales que todo lo explican, las grandes y burdas antítesis, tiene éxito. Mientras la sencillez cristaliza en símbolos míticos, la simplificación recurre a absolutos seudocientíficos” (p. 178).

Tampoco se puede comparar a una civilización, como se ha hecho hasta no hace mucho, con un organismo viviente que nace, crece, se desarrolla y muere, afirmarlo sería como dotarla de un destino humano lineal y primario. Georges Gurevitch al comparar la Edad Media con la sociedad del siglo xx, observa que sus porvenires distan mucho de ser los mismos y esto, en opinión de Braudel, es razonable, dado que “el porvenir no es una vía única” y por lo tanto debemos renunciar a lo lineal (1989, p. 171). Por eso, continúa diciendo, “se debe, por otra parte, renunciar asimismo a utilizar cualquiera de las expresiones cíclicas del destino de las civilizaciones o de las culturas” (p. 172).

Lo importante para analizar una civilización sería “ver el vínculo que une a estos elementos (elementos que la integran o configuran) del más pequeño al más amplio, comprender cómo se engarzan los unos con los otros, como se exigen, cómo se dirigen y cómo son dirigidos, cómo sufren al par o a contratiempo, cómo prosperan o cómo no prosperan (a condición de que existan criterios indiscutibles de semejantes prosperidades)” (p. 172).

Cuando se afirma, como lo hace Eco, que nuestras civilizaciones actuales están repitiendo el ciclo de la Edad Media, tendría que haber admitido previamente que ni la sociedad, ni la economía, ni la técnica, ni tan siquiera la cultura tienen nada que ver con las civilizaciones anteriores. Hay que tener presente que el hombre cambia de ritmo y, por lo tanto, las civilizaciones se ven afectadas. “¿Quién puede prever lo que serán el día de mañana el trabajo humano y su extraño compañero, el

ocio, y lo que será su religión, presa entre la tradición, la ideología y la razón?; ¿quién prevé en qué se convertirán, más allá de las fórmulas actuales, las explicaciones de la ciencia objetiva de mañana, el aspecto que revestirán las ciencias humanas, que hoy todavía se encuentran en la niñez?” (p196). No debemos abandonarnos a la rigidez, el esquematismo y a la insuficiencia del modelo en nombre de lo particular. El marxismo es, como dice Braudel, un mundo de modelos. Precisamente, Sartre se alzó contra ese mundo de modelos que proponía el marxismo por rígidos y esquemáticos. Nosotros ahora también nos levantamos, no contra el modelo sino contra el uso que Eco hace del modelo de Edad Media, porque, como el marxismo, ha concedido al modelo valor de ley de explicación automática, aplicable a todos los lugares y a una sociedad tan diversa como la sociedad de nuestro tiempo.

¿Por qué estos intentos asimiladores del presente con el pasado? Lucien Febvre diría que la función del pasado es “organizar el pasado en función del presente” (1992, p. 245). No cabe duda, entonces, que la conocimiento histórico se lleva a cabo a través de conexiones entre el pasado y el presente. Y, ya que la historia es una ciencia del tiempo, deberemos asociarlas con las concepciones temporales que se hayan tenido en un determinado momento (circular o lineal). El tiempo histórico desempeña, pues, un papel fundamental. En historia se habla de tres velocidades o tiempos históricos: tiempo corto, tiempo medio y tiempo largo. Para construir un conocimiento histórico completo hay que recurrir casi necesariamente, sin desprestigiar las otras velocidades, a la larga duración, a las permanencias en el tiempo. Así, por ejemplo, muchos caminos construidos por los romanos, eran utilizados en la Edad Media, en el siglo XVI eran importantes vías de comunicación que unían Europa y, hoy, sobre esas rutas se han levantado carreteras y autopistas que están contribuyendo a la vertebración de una Europa unificada. No por nada se ha dicho desde siempre que “todos los caminos llevan a Roma”. Si desde la geografía son comprobables estas continuidades, no es menos fácil realizar observaciones desde la demografía. El carácter, las formas y métodos e, incluso, las motivaciones de la emigración española a América son similares a finales del siglo XV que a mediados del siglo XX. La emigración en cadena, solo rota por eventuales coyunturas, puede dar buena fe de ello. Estás mismas

permanencias se dan también en el marco cultural. Por ejemplo, la civilización latina del Bajo Imperio Romano sobrevivió hasta el nacimiento de las literaturas nacionales bien entrado el siglo XIV. En el campo de la técnica, la convivencia de permanencias milenarias con la última tecnología punta puede causarnos sorpresa. En el desierto del Sahara podemos encontrarnos a nómadas beréberes desplazándose por el desierto en caravanas de camellos a la manera tradicional de sus ancestrales antepasados pero guiados por GPS (sistemas de posicionamiento por satélite). En tiempos pretéritos, una de las grandes revoluciones agrícolas que se produjeron, después del abandono del nomadismo y la domesticación de determinadas plantas que fueron la base alimenticia en aquel momento del hombre, fue la invención del arado. El arado romano de rascado con una reja de hierro tirado por bueyes, con pocas modificaciones, continúa utilizándose en muchos lugares todavía. Ello no es óbice para poder encontrarte, como lo hicimos no hace mucho tiempo, con un labrador trabajando la tierra de la misma manera que se hacía hace más de dos mil años pero acompañado de un teléfono celular por el que su esposa le iba avisar cuando se fuera a poner de parto su vaca “Perla”. Si nos acercamos ya al ámbito de las mentalidades, el tiempo largo será imprescindible para poder explicar algunos de los comportamientos que seguimos conservando desde tiempos pretéritos. Ello no es el resultado, insisto, de la inmovilidad de la Historia, sino más bien del desarrollo de los tiempos históricos. Y, en el tiempo más largo, las permanencias que más tardan en modificarse son las de la mentalidad. Nuestra actitud en torno a la muerte sería un dato demostrativo de ello. Si nos paseamos por algunas de las iglesias más antiguas de México podremos observar en muchas de ellas enterramientos dentro o fuera de ella. Esta práctica que puede parecernos atávica, de otro tiempo, podemos hallarla presente hoy en día. Y, es que, todavía está muy incrustada la creencia de que ser enterrado cerca de las devociones particulares facilita su protección y la ganancia de sus favores. No cabe duda, que detrás de esta actitud, hoy, igual que hace cuatrocientos años, se esconde, en muchos casos, un cierto alo de vanidad, de trascendencia, elemento que forma parte de la mentalidad del hombre en todo tiempo y espacio. La explicación de ello se debe a que hay características de nuestro comportamiento

que se perpetúan a través de un tiempo de larga duración. Pero eso no significa que la historia se repita, que este sujeta a un eterno retorno.

Referencias

- Borghessi, M., 1997, *Posmodernidad y cristianismo. ¿Una radica mutación antropológica?* Ediciones Encuentro, Madrid.
- Braudel, F. 1989, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid.
- Burke, P., 1976, "Tradition and Experience: the Idea of Decline from Bruni to Gibbon", *Daedalus*, no. 2, pp. 138-42.
- Caro Baroja, J., 1985, *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*, Editorial Sarape, Madrid.
- Cantimori, D., 1985, *Los historiadores y la historia*, Ediciones Península, Barcelona.
- Chatélet, F., 1962, *La naissance de l'histoire. La formation de la pensée historique en Grèce*, Minuit, París.
- Colombo, F., 1974, "Poder, grupos y conflicto en la sociedad neofeudal", en *Eco* 1974, pp. 37-72.
- Eco, U. (comp.), 1974, *La Nueva Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid.
- , 1974, "La Edad Media ha comenzado ya", en *Eco* 1974, pp. 9-34.
- Fabvre, L., 1992, *Combates por la historia*, Editorial Ariel, Barcelona.
- Fukuyama, F., 1989, "The End of History", *The National Interest*, no. 16.
- Jasper, K., 1985, *Origen y meta de la Historia*, Alianza Editorial, Madrid.
- Lafabvre, H., 1987, *Nietzsche*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Le Goff, J., 1997, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, Editorial Paidós, Barcelona.
- León Portilla, M., 1992, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Maravall, J. A., 1975, *La cultura del barroco*, Editorial Ariel, Barcelona.
- Minc, A., 1994, *La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico*, Temas de hoy, Madrid.
- Nietzsche, F., 1989, *La genealogía de la moral*, Alianza Editorial, México.
- Sacco, G., 1974, "Ciudad y sociedad hacia la nueva Edad Media", en *Eco* 1974, pp. 93-55.
- Spangler, O., 1940, *La decadencia de Occidente*, Espasa Calpe, Madrid.
- Toynbee, A., 1965, *A Study of History*, Laurel Ed., Nueva York.

Recibido: 2 de junio.

Aceptado: 22 de junio.